

# Muerto en la Cruz

## NO. 1956

**UN SERMÓN PREDICADO EL DOMINGO 3 DE ABRIL, 1887.  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

*“Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se es quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.”*  
**Juan 19:31-37.**

Los criminales crucificados por los romanos permanecían en la cruz hasta que pudrían. Difícilmente esa cruel nación puede ser condenada más severamente que nuestra propia gente, que hasta hace poco tiempo, mostraba los cadáveres de los condenados a muerte, en lugares muy visibles, atados con cadenas al patíbulo. Esa horrible práctica ha sido abandonada, pero se mantuvo hasta tiempos recientes. Me pregunto si algunas de las personas de edad avanzada aquí presentes, recuerdan ese horrendo espectáculo.

Entre los romanos era algo muy usual, pues hay alusiones clásicas a ese horror, mostrando que los cadáveres de las personas crucificadas, eran usualmente abandonados para que fueran devorados por las aves de rapiña. Probablemente por deferencia a las costumbres de los judíos, las autoridades de Palestina, tarde o temprano permitieron el entierro del crucificado; pero de ninguna manera se apresuraron a hacerlo, pues no sentían tanta repugnancia ante ese espectáculo, como la sentía el israelita.

La ley mosaica, que pueden encontrar en el Libro de Deuteronomio, dice así: “y si lo colgareis de un madero, no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día.” (Deuteronomio 21: 22, 23). Este mandato conducía a los judíos a desear el entierro del ejecutado; pero había otra razón. Para que la tierra no fuese contaminada el sábado santo de la Pascua, los principales sacerdotes insistieron que los cuerpos de los crucificados fueran enterrados, y por consiguiente que sus muertes fueran aceleradas quebrando sus piernas. Sus conciencias no se vieron sobresaltadas por el asesinato de Jesús, pero estaban grandemente conmovidas por el temor de la contaminación ceremonial. Los escrúpulos religiosos pueden vivir en una conciencia muerta. ¡Ay! Esta no es la única prueba de ese hecho: podríamos encontrar muchas evidencias en nuestros días.

Los judíos corrieron a Pilato, y le pidieron como un favor, el acto inmisericorde de destrozarse las piernas del Crucificado con una barra de hierro. A veces ese acto era infligido al condenado como un castigo adi-

cional; pero en este caso, tenían la intención que fuera el golpe de gracia, acelerando la muerte debido al dolor terrible que causaría, y la conmoción que le ocasionaría. El odio feroz que sentían contra nuestro Señor, hacía que sus enemigos se olvidaran de cualquier ingrediente de humanidad: sin duda, entre más dolor y vergüenza pudieran causarle, ellos se sentirían más complacidos. Ellos “rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí,” pero no lo hacían por crueldad, sino por acatamiento a los ritos externos de su religión.

Ya les he dicho que este rompimiento de los huesos del crucificado era una costumbre romana; y de esto tenemos evidencias, pues hay una palabra en latín, *crucifragium*, que expresa este acto bárbaro. Pilato no dudó en conceder el deseo de los judíos: ¿qué importancia tenía el cadáver, si ya había entregado la vida del hombre?

Los soldados van de inmediato a cumplir la horrenda operación, y empiezan con los dos malhechores. Es un hecho llamativo que el ladrón penitente, aunque debía estar en el Paraíso con su Señor ese mismo día, no por eso fue librado de la agudísima agonía causada por el rompimiento de sus piernas. Nosotros somos salvados de la miseria eterna, no del dolor temporal. Nuestro Salvador no nos da una promesa que seremos resguardados del sufrimiento en esta vida por causa de nuestra salvación. Es verdad, como lo afirma el proverbio, que: “Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio.” Los accidentes y las enfermedades afligen tanto al piadoso como al impío. Penitente o impenitente, compartimos la suerte común de los hombres, y estamos destinados a tener problemas, así como las chispas salen invariablemente disparadas hacia arriba.

No deben esperar que escaparán de la tribulación porque han sido perdonados, aun si tuvieran la garantía de ello, recibida de los propios labios de Cristo; no, sino que de Su boca llena de gracia vienen la advertencia y la seguridad que les sobrevendrán pruebas; pues Jesús dice: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción.” El sufrimiento no es evitado, pero es convertido en una bendición. El ladrón penitente entró al Paraíso ese mismo día, pero no sin sufrimiento; digamos, más bien, que el terrible golpe fue el medio real para el pronto cumplimiento de la promesa de su Señor. Por ese golpe él murió aquel día; de lo contrario habría podido aguantar más. Cuánto pueda recibir alguien por la vía del sufrimiento, es difícil decirlo: tal vez, la promesa que estaremos con nuestro Señor en el Paraíso, será cumplida de esa manera.

En ese momento, parecía más que probable que nuestro bendito Señor debería sufrir el rompimiento de Sus huesos: pero “le vieron ya muerto.” Le agradó, en la infinita entrega con la que aceptó Su sacrificio, dar Su vida, y por eso ya había entregado Su espíritu. Sin embargo, era de temerse que los rudos soldados cumplieran sus órdenes al pie de la letra. Pero, ¡vean! ¡No lo hacen! ¿Habrían sentido mucho espanto por Aquél a cuyo alrededor se habían realizado tales prodigios? O, como su centurión, ¿estaban llenos de temor por causa de este notable personaje? De cualquier manera, percibiendo que ya estaba muerto, no usaron sus martillos. A nosotros nos consuela comprobar que no se entregaron a esa aborrecible brutalidad.

¡Pero no podemos estar *demasiado* contentos, pues otro ultraje tomará su lugar! Para asegurarse que Él ya estaba muerto, uno de los

cuatro soldados le abrió el costado con una lanza, probablemente atravesando con esa lanza Su corazón. Con esto comprobamos cómo nuestro Dios de gracia ordenó, en Su Providencia, que hubiera una evidencia cierta que Jesús estaba muerto y que, por tanto, el Sacrificio había sido inmolado.

Pablo declara que esto es el Evangelio, que el Señor Jesús murió según las Escrituras. Es extraño decirlo, pero ha habido herejes que se han aventurado a afirmar que Jesús no murió realmente. La lanza utilizada para traspasarlo los refuta plenamente. Si nuestro Señor no murió, entonces ningún sacrificio ha sido presentado, la resurrección no es un hecho real, y no hay un fundamento de esperanza para los hombres. Nuestro Señor murió con absoluta certeza, y fue enterrado: los soldados romanos eran jueces estrictos en estos asuntos, y ellos “le vieron ya muerto,” y, además, sus lanzas no eran usadas en vano cuando tenían la intención que la muerte fuera una certidumbre.

Cuando el costado de Cristo fue abierto, al instante salió sangre y agua, acerca de lo cual se ha comentado mucho por parte de quienes consideran apropiado reflexionar sobre estos delicados temas. Algunas personas suponían que a la muerte, la sangre era dividida, y los coágulos se separaban del agua en la que flotaban, y que eso ocurría de una manera perfectamente natural. Pero no es cierto que la sangre iba a fluir de un cadáver si lo abrían. Únicamente bajo ciertas condiciones muy especiales la sangre manaría. La salida de esta sangre del costado de nuestro Señor, no puede considerarse una ocurrencia común: fue un hecho enteramente único. En este caso no podemos apoyarnos en ningún caso semejante, pues en esto nos encontramos en una región desconocida. Concedemos que esa sangre no fluiría de un cadáver ordinario; pero recordemos que el cuerpo de nuestro Señor era singular, puesto que no vio corrupción.

Cualquier cambio que pueda sobrevenir a un cuerpo sujeto a la corrupción, no es atribuible directamente a su constitución; y por tanto, no hay argumentos a partir de los cambios experimentados por los cadáveres comunes, para concluir algo contundente en relación al cuerpo de nuestro bendito Señor. Si en Su caso, la sangre y el agua manaron de Su santo e incorruptible cuerpo naturalmente, o si fue por un milagro, de todas formas fue un suceso muy notable y admirable, y Juan, como testigo ocular, estaba evidentemente muy sorprendido por ello, tan sorprendido, que registró una afirmación solemne para que nosotros no dudemos de su testimonio. Él estaba seguro de lo que vio, y se cuidó de reportarlo en una nota especial, para que creyésemos; como si sintiera que si este hecho fuera creído realmente, tendría un poder de convencimiento que induciría a muchos a creer en nuestro Señor Jesús, como el Salvador establecido.

Podría entrar en muchos detalles, pero prefiero cubrir con un velo este tierno misterio. Es muy poco reverente dar conferencias de anatomía cuando es el cuerpo de nuestro adorable Señor el que está frente a nosotros. Cerremos nuestros ojos en adoración en vez de abrirlos con curiosidad irreverente.

La gran tarea ante mí el día de hoy, es extraer verdad de este pozo lleno de maravillas. Les voy a pedir que miren los eventos que están ante a ustedes, bajo tres aspectos: primero, veamos aquí *el cumplimiento de la Escritura*; en segundo lugar, *la identificación de nuestro Señor como el Mesías*; y en tercer lugar, *la instrucción que Él nos quiere dar*.

### I. Les pido que comprueben EL CUMPLIMIENTO DE LA ESCRITURA.

Dos cosas son profetizadas: ni uno solo de sus huesos debe ser quebrado, y Él debe ser traspasado. Estas eran las Escrituras que estaban por cumplirse. El domingo pasado todos nosotros nos confortábamos al ver el cumplimiento de la Escritura en la captura de nuestro Señor, cuando rehusó liberarse de Sus enemigos. Es importante seguir considerando el tema del cumplimiento de la Escritura en una época en que la Santa Escritura es tratada con tanta ligereza, y se habla de ella como si no tuviese ninguna inspiración, o, al menos, como si no poseyese ninguna autoridad divina que garantice su infalibilidad.

Ustedes y yo no apoyamos tal error; por el contrario, lo consideramos malicioso en grado sumo. “Si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo?” Nos agrada observar cómo el Señor Jesucristo y quienes escribieron acerca de Él, trataban las Santas Escrituras con un respeto intensamente reverente. Las profecías dichas antes de Cristo debían cumplirse, y las almas santas encontraban gran deleite en reflexionar en el hecho que iban a cumplirse.

Quiero que observen en relación a este caso, que *era singularmente complicado*. Tenía un elemento negativo y uno positivo: los huesos del Salvador no debían ser quebrados, y Él debía ser traspasado. En el tipo del cordero de la Pascua se establecía expresamente que ningún hueso debía quebrarse; por tanto ningún hueso de Jesús debía ser quebrado. Al mismo tiempo, de acuerdo a Zacarías 12: 10, el Señor debía ser traspasado. No sólo debía ser horadado con los clavos, y así dar cumplimiento a la profecía: “Horadaron mis manos y mis pies;” pero Él debía ser visiblemente traspasado, para que pudiera ser considerado enfáticamente como el Traspasado.

¿Cómo iban a cumplirse estas profecías, y una multitud de profecías más? Únicamente el propio Dios pudo haber hecho que se cumplieran profecías que eran de todo tipo, que se mostraban confusas y aun en contradicción las unas con las otras. Sería una tarea imposible para el intelecto humano construir tantas profecías, y tipos, y sombras, y luego imaginar una persona en quien estuvieran englobados todos ellos. Pero lo que sería imposible para los hombres, ha sido realizado literalmente en el caso de nuestro Señor. Hay profecías acerca de Él y acerca de todo lo relacionado con Él, desde Su cabello hasta Sus vestiduras, desde Su nacimiento hasta Su tumba, y sin embargo, todas ellas se han cumplido al pie de la letra.

El caso que tenemos directamente frente nosotros era muy complicado; pues si la reverencia al Salvador iba a librar Sus huesos, ¿no habría de librar también Su carne? Si una cruda brutalidad abrió Su costado, ¿por qué no quebró Sus piernas? ¿Cómo pudieron los hombres abstenerse de un acto violento, siendo un acto que fue aprobado por la autoridad, y cómo pudieron perpetrar otra violencia que no se les había pedido? Pero independientemente de lo complicado que pudo haber sido ese caso, la sabiduría infinita supo cómo completarlo en todos los puntos; y así lo hizo. El Cristo es el cumplimiento exacto de los anuncios de las profecías mesiánicas.

Además podemos afirmar acerca del cumplimiento de estas dos profecías, que *era especialmente improbable*. Parecía completamente imposible que cuando se dio la orden para que quebraran las piernas del Crucificado, los soldados romanos se abstuvieran de llevarlo a cabo. ¿Cómo podría ser preservado el cuerpo de Cristo después que se dio esa

orden? Esos cuatro soldados tienen evidentemente la determinación de cumplir las órdenes del gobernador. Han comenzado su horripilante tarea y han quebrado las piernas de dos de los tres ejecutados. Las cruces estaban arregladas de tal manera que Jesús estaba colgado en el centro. Él es el segundo de los tres. Nosotros suponemos naturalmente que ellos habrían procedido en orden, de la primera cruz a la segunda. ¡Pero da la impresión que pasan por alto la segunda cruz y van de la primera a la tercera! ¿Cuál fue la razón de este procedimiento tan singular? La suposición es (y yo pienso que es algo muy probable), que la cruz del centro estaba colocada un poco más atrás y que así, los dos ladrones formaban una especie de primera fila. Jesús estaría de esta manera más enfáticamente “en medio.”

Si Él estaba colocado un poco hacia atrás, ciertamente habría sido más fácil que el ladrón penitente leyera la inscripción colocada sobre Su cabeza y viera a nuestro Señor y tuviera una conversación con Él. Si hubieran estado colocados en la misma fila, esto no habría podido ser tan natural. Pero la posición sugerida parece adecuarse a las circunstancias. Si este fuera el caso, yo puedo entender cómo los soldados estarían tomando las cruces en orden cuando cumplieron su horrible oficio en los dos malhechores y vinieron al fin a Jesús, que estaba en medio. En todo caso, ese fue el orden que siguieron. ¡La maravilla es que no procedieron, a su debido tiempo, a dar el terrible golpe en el caso de nuestro Señor! Los soldados romanos estaban entrenados para cumplir sus misiones muy literalmente. No estaban con frecuencia deseosos de evitar barbaridades. ¿Puedes verlos decididos a cumplir su encargo? Inclusive, ¿no están dispuestos a mutilar ese cuerpo sagrado?

No me critiquen por mi dureza hacia el soldado romano ordinario: estaba tan acostumbrado a las matanzas, tan acostumbrado a un imperio que había sido establecido con sangre y hierro, que la idea de piedad nunca venía a su alma, excepto para ser desdeñada como un sentimiento femenino indigno de un hombre valeroso. ¡Sin embargo, vean y asómbrense! Se da la orden que quiebren sus piernas: dos de tres la han sufrido, y sin embargo ningún soldado puede triturar ni un hueso de ese sagrado cuerpo. Cuando ven que ya está muerto, no quiebran Sus piernas.

Hasta el momento, únicamente han visto el cumplimiento de una de las profecías. Él debe ser traspasado también. Y, ¿qué fue eso que vino a la mente del soldado romano cuando, en un momento de impaciencia, decidió asegurarse que la aparente muerte de Jesús era real? ¿Por qué abrió ese sagrado costado con su lanza? Él no sabía nada acerca de la profecía; no tenía la menor idea de Eva tomada de una costilla del hombre, ni de la iglesia tomada del costado de Jesús. Nunca había oído esa noción antigua que el costado de Jesús era semejante a la puerta del arca, a través del cual se abre una entrada a la salvación. ¿Por qué, entonces, cumple la predicción del profeta? Aquí no hubo ni accidente ni casualidad. ¿Dónde están tales cosas? La mano del Señor es evidente en este punto, y nosotros deseamos alabar y bendecir esa Providencia omnisciente y omnipotente que cumplió así la palabra de la revelación. Dios tiene respeto hacia Su propia palabra, y mientras se cuida que ningún hueso de Su hijo sea quebrado, también se asegura que ningún texto de la Santa Escritura sea quebrantado.

Que los huesos de nuestro Señor permanecieran intactos, y sin embargo que Su costado fuera traspasado, parecía algo muy improbable;

pero sucedió así. Cuando en el futuro ustedes se encuentren con una promesa inverosímil, créanla firmemente. Cuando vean cosas que trabajan en contra de la verdad de Dios, créanle a Dios, y no crean en ninguna otra cosa. Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso. Aunque los hombres y los diablos digan que Dios miente, aférense a lo que Dios ha dicho; el cielo y la tierra pasarán, pero ni una jota ni una tilde de Su palabra caerán al suelo.

Observen, además, queridos amigos, en lo relativo al cumplimiento de la Escritura, que *era enteramente indispensable*. Si hubieran quebrado los huesos de Cristo, entonces la palabra de Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios,” habría tenido un estigma. Los hombres habrían objetado: “pero los huesos del Cordero de Dios fueron quebrados.” En dos ocasiones fue especialmente ordenado, no solamente en el primer mandamiento de la Pascua en Egipto, sino en el permiso de una segunda Pascua para quienes estaban inmundos durante el tiempo de la primera Pascua. En Números al igual que en Éxodo, leemos que ningún hueso del cordero debía ser quebrado. Si los huesos de nuestro Señor hubieran sido quebrados, ¿cómo, entonces, habríamos podido decir: “nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros,” existiendo esa falla fatal? Jesucristo debe permanecer intacto sobre la cruz, y también debe ser traspasado; pues de lo contrario, ese famoso pasaje de Zacarías, al que se alude aquí, “Mirarán a mí, a quien traspasaron,” no podría ser cierto en lo referente a Él. Ambas profecías debían cumplirse, y cumplirse de manera notoria.

Pero, ¿por qué necesito decir que este cumplimiento era indispensable? Amados, es indispensable que Dios mantenga cada una de Sus palabras. Es indispensable para la verdad de Dios que Él sea siempre veraz: pues si una de Sus palabras puede caer a tierra, entonces todas pueden hacerlo, y Su veracidad desaparece. Si puede demostrarse que una profecía fue un error, entonces todas las demás profecías pueden ser errores. Si una parte de la Escritura es falsa, todas las demás pueden ser falsas, y no podemos pisar tierra firme. La fe no ama lugares resbalosos; la fe busca la palabra segura de la profecía, y pone su pie con firmeza sobre certidumbres. A menos que toda la Palabra de Dios sea segura, y pura “como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces,” entonces no tenemos nada en qué apoyarnos, y nos quedamos virtualmente sin una revelación de Dios.

Si tomo la Biblia diciendo: “algunas partes son verdaderas, y otras son cuestionables,” no estaría mejor que si no tuviera una Biblia. Un hombre que se encuentra en alta mar con un mapa que únicamente muestra precisión en algunas zonas, estaría en la misma condición que si no contase con un mapa. No veo en dónde está la seguridad de “si no os volvéis y os hacéis como niños” si no hay un maestro infalible al cual seguir. Amados, es indispensable para el honor de Dios y para nuestra confianza en Su Palabra, que cada línea de la Santa Escritura sea verdadera. Era evidentemente indispensable en el caso que estamos considerando, y este es sólo un ejemplo de una regla que no admite excepciones.

Pero ahora permítanme recordarles que aunque el problema era complicado, y su realización era improbable, sin embargo *fue resuelto de la manera más natural*. Nada puede evitarse menos que la acción de los soldados; ellos quebraron las piernas de dos, pero el otro está muerto, y no quiebran sus piernas; sin embargo, para asegurarse que no

tendrán problemas al ahorrarse el golpe, traspasan Su costado. No hubo ninguna compulsión en ellos; lo hicieron porque se les vino a la cabeza. Ningún ángel descendió del cielo para estar con sus anchas alas frente a la cruz, como para proteger al Salvador; ninguna terrible égida de misterio pendía sobre el sagrado cuerpo del Señor para alejar a los intrusos llenos de miedo. No, el grupo de cuatro soldados hizo lo que quiso. Actuaron siguiendo su propio criterio y sin embargo, al mismo tiempo, cumplieron el eterno consejo de Dios.

¿Seremos siempre incapaces de hacer entender a los hombres la verdad que la predestinación y la libertad de acción son una realidad? Los hombres pecan tan libremente como los pájaros vuelan por los cielos, pero son enteramente responsables de su pecado; y sin embargo, todo es ordenado y previsto por Dios. La predestinación de Dios no interfiere de ninguna manera con la responsabilidad del hombre. Algunas personas me han pedido a menudo que reconcilie estas dos verdades. Mi única respuesta es: no necesitan reconciliación, pues nunca están reñidas la una con la otra. ¿Por qué había de reconciliar a dos amigos? Demuéstrenme que las dos verdades no están de acuerdo. En esa solicitud les estoy poniendo una tarea tan difícil como la que ustedes me proponen. Estos dos hechos son líneas paralelas; no puedo hacer que se junten, pero ustedes tampoco pueden lograr que se crucen.

Permítanme agregar también que hace mucho tiempo he abandonado la idea de estructurar mis creencias en un sistema. Creo, pero no puedo explicarlo. Me inclino ante la majestad de la revelación y adoro al infinito Señor. Yo no entiendo todo lo que Dios revela, pero lo creo. ¿Cómo puedo esperar entender todos los misterios de la revelación, cuando simplemente la aritmética de Escritura sobrepasa mi comprensión, puesto que se me enseña que en la Deidad, los Tres son Uno, aunque en el indiviso Uno veo de manera muy manifiesta Tres? ¿Necesito medir el mar? ¿Acaso no basta con que sea mecido por las olas? Doy gracias a Dios por aguas lo suficientemente profundas para que mi fe pueda nadar: entender me forzaría a mantenerme en aguas poco profundas, pero la fe me conduce mar adentro.

Yo creo que es mayor beneficio para mi alma creer que comprender, pues la fe me lleva más cerca de Dios de lo que pueda hacerlo la razón. La fe que está limitada por nuestras estrechas facultades es una fe indigna de un hijo de Dios; pues como hijos de Dios debemos comenzar a tratar con sublimidades infinitas, como esas que rodean a nuestro grandioso Padre. Estas sólo pueden ser entendidas por la fe.

Para regresar a mi tema: aunque el asunto debe ser como la Escritura lo había previsto, sin embargo ninguna inducción ni forzamiento fueron ejercidos; pero, como agentes libres, los soldados llevaron a cabo exactamente las cosas que habían sido escritas en los libros de los profetas relativas a Cristo.

Queridos amigos, aguántenme una observación más acerca de este cumplimiento de la Escritura: *fue completado maravillosamente*. Observen que en estas transacciones se puso un sello sobre esa parte de la Escritura que ha estado más expuesta al escarnio escéptico: pues se puso un sello sobre *los tipos*. Los irreverentes lectores de la Escritura han rehusado aceptar los tipos: ellos dicen: “¿cómo sabes que la Pascua fue un tipo de Cristo?” En otros casos, personas más serias objetan las detalladas interpretaciones, y rechazan ver un significado en los mínimos detalles. Tales personas no quieren aceptar la importancia espiri-

tual de la ley: “No será quebrado hueso suyo;” sino que la desecharon como una regulación insignificante de un rito religioso obsoleto.

Pero, observen, amados, que el Espíritu Santo no hace nada semejante; pues Él se enfoca en una característica menor del tipo y declara que debe ser cumplida. Es más, la Providencia de Dios interviene, de tal forma que debe cumplirse. Por eso, no teman el estudio de los tipos, frente a la ridiculización que hagan los sabios según el mundo. Hay una timidez general que cubre las mentes de muchos acerca de la Santa Escritura, una timidez que, gracias a Dios, me es totalmente extraña. Sería una situación feliz si la reverencia como la de un niño que poseían los padres de la antigüedad, pudiera ser restaurada a la iglesia, y el criticismo irreverente presente pudiera ser objeto de arrepentimiento y arrojado lejos.

Podemos deleitarnos en los tipos como en un verdadero Paraíso de revelación. Aquí vemos las más destacadas bellezas de nuestro Amado, reflejadas de diez maneras deleitables. Hay todo un mundo de santa enseñanza en los libros del Antiguo Testamento, y en sus tipos y símbolos. Abandonar este patrimonio de los santos, y en su lugar aceptar sus críticas, sería como vender el derecho de la primogenitura por un plato del guisado de las lentejas. Yo veo en los huesos intactos de nuestro Señor una marca del sello de Dios sobre los tipos de la Escritura.

Prosigamos. Veo, además, el sello de Dios impreso sobre *la profecía que no se ha cumplido*; pues el pasaje de Zacarías todavía no se ha cumplido plenamente. Dice así: “Mirarán a mí, a quien traspasaron.” Jehová es quien habla, y Él habla de “la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén.” Ellos deben mirar a Jehová a quien traspasaron, y llorarán por Él. Aunque esta profecía no se ha cumplido todavía en su alcance más amplio, está certificada al presente; pues Jesús fue traspasado: el resto de ella, por tanto, permanece firme, e Israel llorará un día por causa de su Rey insultado.

La profecía fue cumplida en parte cuando Pedro se levantó y predicó a los once, cuando un gran grupo de sacerdotes creyó, y cuando multitudes de la simiente de Abraham se volvieron predicadores de Cristo crucificado. Todavía espera un cumplimiento mayor, y podemos estar completamente seguros que el día vendrá cuando todo Israel será salvo. Como el hecho que su Señor fue traspasado es verdad, así será verdad que sus corazones serán traspasados, y ellos llorarán y sangrarán internamente con amargo dolor por Él, a quien despreciaron y aborrecieron. El punto a señalar aquí es que, en este caso, un sello ha sido puesto a una profecía que todavía espera su cumplimiento más amplio; por lo que podemos considerar esto como un anticipo, y podemos poner énfasis en la profecía, y gozarnos en ella, y recibirla sin dudar, venga lo que venga.

He dicho todo esto sobre el cumplimiento de la Palabra relativa a nuestro Señor; aprendamos de esto una lección de reverencia y confianza en referencia a la Santa Escritura.

**II.** Pero ahora, en segundo lugar, y brevemente, LA IDENTIFICACIÓN DE NUESTRO SEÑOR COMO EL MESÍAS fue grandemente fortalecida, por eso que le sucedió a Su cuerpo después de muerto. Era necesario que se demostrara de manera concluyente que era el Cristo del que se hablaba en el Antiguo Testamento. Ciertas pruebas y señales son provistas, y esas marcas y señales se encuentran en Él: de esta manera fueron encontradas.



La primera prueba fue esta: *el Cordero de Dios debe tener una medida de preservación*. Si Cristo es lo que Él profesa ser, Él es Cordero de Dios. Ahora, el Cordero de Dios puede ser tratado únicamente a la manera de Dios. Sí, hay un cordero; mávalo, rocíalo con sangre, ávalo al fuego, pero no le quiebres los huesos. Es el Cordero de Dios y no tu cordero, por lo tanto hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá del límite. No será quebrado hueso suyo. El Señor lo reclama como propio, y es Su reserva. Así, de hecho, el Señor dice en relación al Señor Jesús: “He aquí a mi Hijo; átenlo, azótenlo, escúpanlo, crucifiquenlo; pero Él es el Cordero de mi Pascua, y no deben quebrar ninguno de Sus huesos.” El derecho del Señor sobre Él, es declarado por la salvedad que hace concerniente a Sus huesos. ¿Acaso no ven aquí cómo es identificado Él como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”? Es una señal de identidad sobre la que la fe fija su mirada, y estudia esa señal hasta que ve en ella mucho más de lo que podríamos comentar el día de hoy, pues tenemos que considerar otras cosas.

La siguiente señal de identidad debe ser, que *Jehová nuestro Señor debe ser traspasado por Israel*. Así lo dijo Zacarías, y por tanto debe cumplirse. No solamente deben ser clavados Sus pies y Sus manos, sino que Él debe ser traspasado muy notoriamente. “Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán... afligiéndose por él.” Él debe ser traspasado. Sus heridas son señales y evidencias de que Él es realmente Cristo. Cuando vean la señal del Hijo del hombre en los últimos días, entonces llorarán todas la tribus de la tierra; y ¿acaso esa señal no será que Él se aparecerá como el Cordero que ha sido inmolado?

La herida en Su costado era una marca cierta de Su identidad para Sus propios discípulos; pues Él dijo a Tomás: “Acerca tu mano, y métele en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.” Será la señal convincente para todo Israel: “Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.” Para nosotros el camino abierto a Su corazón, está manifestado en esta señal en Su carne, mostrando que este es el Dios de amor encarnado, cuyo corazón puede ser alcanzado por todos aquellos que buscan Su gracia.

Pero no he terminado esta identificación; pues observen que cuando ese costado fue abierto, “al instante salió sangre y agua.” Ustedes que traen sus Biblias las habrán abierto ya en Zacarías 12. Les pido amablemente que continúen leyendo hasta llegar al primer versículo del capítulo trece, que no debió haber sido separado del capítulo doce. ¿Qué encuentran allí? “En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia.” Ellos lo abrieron y en ese mismo día comenzaron a llorar por Él; pero además, en ese día se abrió una fuente. Y esa fuente no era otra cosa sino este borbotón de agua y de sangre que brotó del costado abierto de nuestro Señor redentor.

Las profecías se suceden rápidamente unas a otras; se relacionan con la misma persona, y con el mismo día; y nos complace ver que los hechos también se siguen rápidamente unos a otros; pues cuando el soldado abrió el costado de Jesús con una lanza, “al instante salió sangre y agua.” Jehová fue traspasado, y los hombres se arrepintieron, y contemplaron la fuente limpiadora en un breve espacio de tiempo. Los hombres que vieron abierta la fuente sagrada, se regocijaron de ver en

ella la comprobación del sacrificio consumado, y la señal de su efecto purificador.

La identificación es más completa si añadimos un comentario más. Tomen todos los tipos del Antiguo Testamento conjuntamente, y encontrarán que *la purificación del pecado fue típicamente proclamada con sangre y agua*. La sangre fue siempre visible. No hay remisión del pecado sin ella: pero el agua era también sumamente prominente. Previo a los sacrificios, los sacerdotes debían lavarse, y la propia víctima debía ser lavada con agua. Las cosas impuras debían lavarse con agua corriente. Vean cómo nuestro Señor Jesús vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Juan, que vio el maravilloso torrente, nunca olvidó ese espectáculo; pues aunque escribió sus Epístolas, yo supongo, ya en edad muy avanzada, el recuerdo de esa escena portentosa estaba fresco en él. Yo supongo que él escribió su Evangelio ya bastante entrado en años. Sin embargo, cuando llegó a este pasaje, se impresionó como si fuera la primera vez, y expresó afirmaciones que no tenía la costumbre de usar usualmente: “Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad.” Así, de manera solemne, por decirlo así, dio su declaración certificada ante el pueblo de Dios, que él realmente presencié este espectáculo extraordinario.

En Jesús vemos a Uno que ha venido a expiar y a santificar. Él es ese Sumo Sacerdote que limpia la lepra del pecado mediante sangre y agua. Esta es una parte de la segura identificación del grandioso Purificador del pueblo de Dios, que vino mediante agua y sangre, y derramó ambas de su costado abierto. Les dejó estas identificaciones. Son sorprendentes para mi mente, pero son solamente una parte del maravilloso sistema de señales y signos por medio de los cuales es comprobable que Dios atestigua que el hombre Cristo Jesús es con toda certidumbre el verdadero Mesías.

**III.** Debo llegar a una conclusión observando, en tercer lugar, LA INSTRUCCIÓN QUE NOS ES DADA en todas estas cosas.

La primera instrucción que debemos recibir puede ser únicamente insinuada, como todas las demás. *Vean lo que Cristo es para nosotros*. Él es el Cordero Pascual, y ninguno de sus huesos fue quebrado. Ustedes lo creen. Adelante, entonces, y actúen según esa fe, alimentándose de Cristo; hagan una fiesta en sus propias almas el día de hoy. Su sangre rociada trajo salvación: el Ángel Exterminador no puede tocarlos ni a ustedes ni a su casa. El propio Cordero se ha convertido en su alimento; aliméntense de Él; quiten su hambre espiritual al recibir a Jesús en sus corazones. Si un hombre come de este alimento vivirá para siempre.

Estén llenos de la plenitud de Dios, al recibir ahora al Señor Jesús como Dios y como hombre. “Vosotros estáis completos en él.” Ustedes son “perfectos en Cristo Jesús.” ¿Pueden decir de Él: “es toda mi salvación y mi deseo”? “Cristo es el todo, y en todos.” No aprendan esta lección simplemente como doctrina, sino gócenla como una experiencia personal. Jesús es nuestra Pascua inmolada, entonces debe ser comido. Tengamos un festín con Él, y luego estemos listos a peregrinar a través del desierto, fortalecidos con Su carne, hasta que lleguemos al descanso prometido.

¿Qué otra cosa aprendemos de esta lección? Es esto: vean *el tratamiento del hombre hacia Cristo*. Le han escupido, han gritado: “¡Crucifi-

cale, crucifícale!” Le clavaron en la cruz, se burlaron de Sus agonías, y está muerto; pero la malicia del hombre no está saciada todavía. El último acto del hombre hacia Cristo debe ser traspasarlo de lado a lado. Esa cruel herida era la concentración del maltrato hacia Jesús. Su experiencia en manos de nuestra raza se resume en el hecho que ellos traspasaron Su corazón. Eso es lo que los hombres han hecho a Cristo: le han despreciado y rechazado de tal manera que Él muere con Su corazón traspasado.

¡Oh, la depravación de nuestra naturaleza! Algunos dudan que sea una depravación *total*. Merece un peor adjetivo que ése. No hay palabra en el lenguaje humano que pueda expresar el veneno de la enemistad del hombre hacia su Dios y Salvador: lo heriría mortalmente si pudiera. No esperen que los hombres amen a Cristo, ni a ustedes tampoco, si son semejantes a Él. No esperen que Jesús encuentre habitación para Él en la posada, ni mucho menos que sea colocado en el trono por hombres culpables, no regenerados. ¡Oh, no! Aun estando muerto ellos tienen que insultar su cadáver atravesándole una lanza. Un soldado lo hizo, pero estaba expresando el sentimiento de la época. Esto es lo que el mundo de pecadores hizo a Quien vino al mundo para salvarlo.

Ahora, a continuación aprendamos, *lo que Jesús hizo por los hombres*. Amados, ese himno que acabamos de escuchar, contiene una dulce expresión—

**“Aun después de muerto Su corazón  
Derramó Su tributo por nosotros.”**

En Su vida, Él se desangró por nosotros: gota a gota el sudor sangriento cayó al suelo. Luego, los crueles flagelos hicieron brotar abundantes gotas de color púrpura; pero como un poco de sangre de vida permanecía cerca de Su corazón, la derramó toda antes de partir. Es una expresión materialista, pero hay algo más en ella que un simple sentimiento: digo que permanece entre la sustancia de este globo una sagrada reliquia del Señor Jesús en forma de sangre y agua. Puesto que ningún átomo de materia perece jamás, la materia permanece en la tierra aun ahora. Su cuerpo se ha ido a la gloria, pero la sangre y el agua quedaron aquí. Veo mucho más en este hecho de lo que intentaré decir.

¡Oh mundo, el Cristo te ha marcado con Su sangre y tiene la intención de poseerte! Sangre y agua del corazón del propio Hijo de Dios se han derramado sobre este planeta oscuro y manchado, y así Jesús lo ha sellado como algo propio, y como tal, debe ser transformado en un nuevo cielo y una nueva tierra, en los que habita la justicia.

Nuestro amado Señor, después que nos hubo dado todo lo que tenía, renunciando a Su vida por nosotros, se deshizo del torrente inapreciable que brotó de la fuente de Su corazón: “al instante salió sangre y agua.” ¡Oh, la bondad del corazón de Cristo, que no sólo devolvió un beso por un golpe, sino que entregó torrentes de vida y salvación por la herida de la lanza!

Pero debo apresurarme. Puedo ver también en este pasaje *la seguridad de los santos*. Es maravilloso ver cuán llenas de ojos están las cosas de Jesús; pues Sus huesos intactos miran hacia atrás, hacia el Cordero pascual, pero también miran hacia delante, a través de toda la historia de la iglesia, hasta aquel día cuando Él reúna a todos Sus santos en un cuerpo, y ninguno faltará. Ningún hueso de Su cuerpo místico será quebrado.

Hay un texto en los Salmos que dice acerca del justo, (y todos los justos son conformados a la imagen de Cristo): “Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado.” Yo me regocijo por la seguridad de los elegidos de Cristo; Él no permitirá que ningún hueso de Su cuerpo redimido sea quebrado—

**“Pues toda la simiente elegida  
Se reunirá alrededor del trono,  
Bendecirá la conducta de Su gracia  
Y dará a conocer Sus glorias.”**

En el día de Su aparición habrá un Cristo perfecto, cuando todos los miembros de Su cuerpo se junten a su gloriosa Cabeza, que será coronada para siempre. Ningún miembro viviente de Cristo estará ausente; “No será quebrado hueso suyo.” No habrá ningún Cristo lisiado, mutilado; no habrá una redención a medias; sino que el propósito que Él vino a cumplir será alcanzado a la perfección, para gloria de Su nombre.

Aún no he terminado, pues debo agregar otra lección. *Vemos aquí la salvación de los pecadores.* El costado de Cristo es atravesado para dar a los pecadores la doble cura del pecado, quitando su culpa y su poder; pero, mejor que esto, los pecadores deben quebrantar su corazón por la contemplación del Crucificado. Por este medio deben también obtener la fe. “Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito.”

Amados, nuestro Señor Jesús no vino únicamente para salvar pecadores, sino para buscarlos: Su muerte no sólo salva a quienes tienen fe, sino que crea fe en quienes no la tienen. La cruz produce la fe y el arrepentimiento que exige. No pueden venir a Cristo *con* fe y arrepentimiento. Vengan a Cristo *por* fe y *por* arrepentimiento, pues Él puede otorgarlos. Él fue traspasado a propósito para que ustedes puedan ser compungidos hasta el corazón. Su sangre, que fluye libremente, es derramada por muchos para remisión de los pecados. Todo lo que tienen que hacer es mirar, y, mientras estén mirando, esos benditos sentimientos que son las señales de la conversión y de la regeneración, serán obrados en ustedes por una mirada a Él.

¡Oh bendita lección! Pónganla en práctica esta mañana. ¡Oh, que en esta gran casa muchos se olviden del yo y miren al Salvador crucificado, y encuentren vida eterna en Él! Pues este es el principal objetivo que tuvo Juan al escribir esta historia, y este es el designio más importante de que lo prediquemos: ansiamos que ustedes crean. Vengan, ustedes que son culpables, vengan y confíen en el Hijo de Dios que murió por ustedes. Vengan, ustedes que son inmundos y están contaminados, vengan y lávense en este sagrado torrente que es derramado por ustedes. Hay vida en una mirada al Crucificado. Hay vida en este instante para todo aquél que Lo mire. ¡Que Dios les conceda que puedan mirar y vivir, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

### **Porción de la Escritura leída antes del sermón: Juan 19: 13-42.**

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1956 - Volumen 33  
ON THE CROSS AFTER DEATH